

pues que afortunadamente arrojaron de España á sus enemigos, se volvieron á sus Ciudades, Villas y Lugares, y desde entónces los soterráneos sirvieron de asilos á las gentes de nuestra profesion. Es cierto que la Santa Hermandad ha descubierto y destruido algunos; pero todavía han quedado muchos, y yo, gracias al Cielo, quince años hace que habito impunemente en este. Llámome el Capitan Rolando, soy el xefe de la compañía, y el otro que viste conmigo es uno de mis camaradas.

## CAPITULO V.

*Del arribo de otros Ladrones al soterráneo, y de la conversacion que tuvieron entre sí.*

No bien habia dicho estas palabras el Capitan, quando aparecieron en el Salon seis caras nuevas: que eran su teniente, y otros cinco de la gabilla. Venian cargados de botin. Traían dos grandes zurroneos llenos de azucar, canela, almendras y pasas. El teniente, dirigiéndose al Capitan, le dixo que habia despojado á un especiero de Benavente de aquellos zurroneos como tambien del macho que los llevaba; y despues de haber dado cuenta de su expedicion en el despacho, se entregó en la despensa la hacienda del especiero. Hecho esto se trató de cenar y de alegrarse. Prepararon en el Salon una gran mesa, y á mí me enviaron á la

co-

cocina, para que la tia Leonarda me instruyese en lo que debia hacer. Cedió á la necesidad, ya que mi mala suerte lo queria así, y disimulando mi sentimiento me dispuse á servir á una gente tan honrada.

Dí principio por el aparador, cubriéndole de vasos y salvillas de plata, flanqueadas de botellas llenas del excelente vino que el Señor Rolando me habia ponderado. Puse en la mesa dos géneros de sopa, á cuya vista todos ocuparon sus asientos. Comenzaron á comer con mucho apetito, manteniéndome yo tras de ellos en pie para servirles el vino. El Capitan en pocas palabras les contó mi historia de Cacabelos, con la qual se divirtieron mucho. Aseguróles despues que yo era un mozo de mérito; pero como estaba ya tan escarmentado de las alabanzas, pude oír mis elogios sin peligro. Convinieron todos en que parecia yo como nacido para ser copero suyo, y que valia cien veces mas que mi predecesor. Como despues de su muerte la Señora Leonarda era la que habia servido el nectar á aquellos Dioses infernales, la privaron de este glorioso empleo, para revestirme á mí de él. De esta manera me hallé convertido en nuevo Ganimedes, sucesor de aquella maldita Hebéa.

Despues de la sopa se presentó un gran plato de asado para acabar de saciar á los Señores Ladrones, los quales bebían tanto como

TOM. I.

D

co-

comian, y en breve tiempo se pusieron todos de buen humor, y comenzaron á meter mucha bulla. Hablaban todos á un mismo tiempo: uno comenzaba una historia, otro le interrumpía con un chiste ó con una frialdad; este grita, aquel canta, y en fin ya no se entendían unos á otros. Fatigado Rolando de una escena, en que él ponía mucho de su parte, pero todo inutilmente, levantó la voz, é impuso silencio á la compañía. Señores, los dixo: atención á lo que voy á proponeros. En vez de aturdirnos unos á otros, hablando todos á un tiempo, ¿no sería mejor divertirnos, y hablar como hombres de juicio y de razon? Ahora me ocurre un pensamiento. Desde que vivimos juntos nunca hemos tenido la curiosidad de informarnos recíprocamente de qué familia ó casa somos, ni de la serie de aventuras por donde venimos á abrazar esta profesion. Con todo me parece esta una cosa muy digna de saberse. Hagámonos, pues, esta confianza, que podrá servir no menos para nuestra diversion, que para nuestro gobierno. El teniente y los demas, como si tuvieran alguna cosa buena que contar, aceptaron con grandes demostraciones de alegría la proposicion del Capitan, el qual comenzó á hablar en estos términos.

Ya saben ustedes, Señores, que yo soy hijo único de un rico vecino de Madrid. Celebróse mi nacimiento en la familia con gran-  
de

des regocijos. Mi Padre, que ya era viejo, sintió suma alegría al verse con un heredero, y mi Madre quiso criarme con su propia leche. Vivía entonces mi abuelo materno. Era un hombre que solo sabia rezar su rosario, y contar sus proezas militares, porque habia servido al Rey muchos años, y no se embarazaba en mas. Insensiblemente vine yo á ser el ídolo de estas tres personas. Continuamente me tenian en sus brazos. Por miedo de que el estudio no me fatigase en mis primeros años me los dexaron pasar en los divertimientos mas pueriles. No conviene, decia mi Padre, que los niños se apliquen á cosas serias, hasta que el tiempo haya madurado un poco su razon. Esperando á esta madurez no aprendia á leer ni escribir, mas no por eso perdía el tiempo. Mi Padre me enseñaba mil géneros de juegos; conocia perfectamente los naypes, jugaba á los dados, y mi abuelo me contaba mil novelas sobre las expediciones militares en que se habia hallado. Cantábame siempre unas mismas coplas acerca de dichas expediciones; quando en espacio de tres meses habia aprendido bien diez ó doce versos, los repetia sin errar un punto delante de mis Padres, los quales se admiraban de mi prodigiosa memoria. No celebraban menos mi agudo ingenio, quando valiéndome de la libertad que tenia para decir quanto me viniese á la boca, interrumpia sus conversaciones pa-  
ra

ra decir á tuerto ó derecho todo lo que me ocurría. Entónces mi Madre me sofocaba á caricias, y mi buen abuelo lloraba de puro gozo. No les iba en zaga mi Padre: siempre que me oía algun despropósito ó alguna bachillería, mirándome con gran ternura exclamaba: ¡Oh qué gracioso eres, y qué lindo! Con estas alas no recelaba hacer impunemente en su presencia las mas indecentes acciones. Todo me lo perdonaban, y todos me adoraban. Habia entrado ya en los doce años, y aun no tenia ningun maestro. Diéronme finalmente uno, pero mandándole expresamente que me enseñase, mas sin facultad para darme el menor castigo. A lo sumo le permitieron que alguna vez me amenazase solo para intimidarme. Sirvióme de poco esta permision, porque me burlaba de las amenazas de mi preceptor, ó bien con las lágrimas en los ojos iba á quejarme á mi Madre ó á mi abuelo, diciéndoles que el ayo me habia maltratado. En vano acudia el pobre diablo á desmentirme: teníanle por un hombre brutal, y siempre me creían á mí mas que á él. Un dia me arañé yo mismo, y me fuí á quejar del maestro porque me habia desollado; inmediatamente le despidió de casa mi Madre sin querer darle oídos, por mas que protextaba al Cielo y á la tierra, que ni siquiera me habia tocado.

De este mismo modo me fuí desembarazando de mis preceptores hasta que me presenta-

ron

ron uno como le deseaba, y me convenia para acabarme de perder. Era un Bachiller de Alcalá; ¡excelente maestro para un hijo de familia! Era dado á las mugeres, al juego y á la tabernilla. No me podian haber puesto en mejores manos. Desde luego se dedicó á ganarme por el amor y por la dulzura. Con siguiólo, y por este medio logró que tambien le amasen mis Padres, los cuales me entregaron enteramente á su gobierno. No tuvieron de que arrepentirse; porque en breve tiempo, y desde luego me perficionó en la ciencia del mundo. A fuerza de llevarme consigo á todos los parages donde tenia su diversion, me inspiró de tal manera el gusto, que á excepcion del latin, en lo demas era yo un muchacho universal. Quando vió que ya no tenia necesidad de sus preceptos fué á enseñarlos á otra parte.

Si en mi infancia habia vivido tan libremente á vista de mis Padres, quando comencé á ser dueño de mis acciones tuve sin duda mayor libertad. En el centro de mi familia fué donde dí las primeras pruebas del aprovechamiento de mi educacion. Burlábame de ellos á las claras y á todos momentos. Reíanse de mis intrepideces, y tanto mas las celebraban, quanto eran mas vivas y mas intolerables. Mientras tanto cometia todo género de desórdenes con otros muchachos de mi edad y de mi humor. Como nuestros Padres no nos da-

ban

ban todo el dinero que habíamos menester para proseguir en una vida tan deliciosa, cada uno robaba en su casa todo lo que podía, y quando esto no alcanzaba nos dimos á robar de noche, y siempre con fruto. Por desgracia llegó algun rumor de esto á los oídos del Corregidor. Quiso mandarnos prender; pero fuimos avisados con tiempo de su mala intencion. Recurrimos á la fuga, y dímonos á exercitar el mismo oficio en los caminos públicos. Desde entonces acá Dios me hizo la gracia de haber envejecido en la profesion á pesar de los peligros que estan anexos á ella.

Quando el Capitan acabó de hablar, el teniente tomó la palabra, y dixo así. Señores, una educacion enteramente contraria á la del Señor Rolando produjo en mí el mismo efecto que en él. Mi Padre fué Carnicero en Toledo, y el hombre mas brutal que habia en toda la Ciudad; mi Madre no era mas dulce que su Marido. Desde mi niñez me comenzaron á azotar á qual mas podia, y como á competencia uno de otro. Cada dia recibia mil azotes. La mas mínima falta que cometiese era castigada con el mayor rigor. En vano les pedia perdon con las lágrimas en los ojos, prometiendo la enmienda; no habia misericordia para mí, y las mas veces me castigaban sin razon. Quando mi Padre me sacudia, siempre mi Madre se ponía de su parte, en lugar de interceder por mí. Estos malos tratamientos me  
ins-

inspiraron tanta aversion á la casa paterna, que antes de cumplir los catorce años me escapé de ella. Tomé el camino de Aragon, y llegué á Zaragoza pidiendo limosna. Enébreme allí con unos pordioseros que pasaban una vida bastantemente feliz y acomodada. Enseñaronme á contrahacer el ciego, el estropeado, y á figurar en las piernas unas llagas postizas. Todas las mañanas, á la manera de los comediantes que se ensayan para representar sus papeles, nos ensayábamos nosotros para representar los nuestros, y despues cada uno iba á coger su puesto. Por la noche nos juntábamos y nos reíamos de los que se habian compadecido de nosotros por el dia. Canséme presto de vivir entre aquellos miserables, y queriendo juntarme con otra gente mas honrada, me asocié con unos *Caballeros de la industria*. Enseñaronme á hacer bellos juegos de manos; pero nos vimos precisados á salir presto de Zaragoza, porque nos descompusimos con cierto Ministro de justicia que siempre nos habia protegido. Cada uno tomó su partido. Yo que me sentia dispuesto á emprender grandes hechos, me acomodé en una tropa de hombres valerosos que ponian en contribucion á los pasajeros y caminantes, agradándome tanto su modo de vivir, que desde entonces acá no he querido buscar otro. Si me hubieran dado otra educacion mas dulce, probablemente no seria ahora mas que un pobre Carnicero, quando me hallo hoy  
con

con el honor y con el grado de vuestro teniente.

Señores, dixo entónces un ladron que estaba sentado entre el Teniente y el Capitan, las historias que acabamos de oir no son tan variadas ni tan curiosas como la mia. Debo mi nacimiento á una Paysana ó Labradora de las cercanías de Sevilla. Tres semanas despues que me dió á luz, como era todavía moza, bien parecida, aseada, y muy robusta, la buscaron para que diese leche á cierto niño, hijo de Padres distinguidos, que acababa de nacer en dicha Ciudad. Aceptó con gusto la proposicion, y fué á Sevilla para traerse el niño á casa. Entregáronsele, y apenas se vió con él en su aldea, quando observó que él y yo éramos algo parecidos, y esta observacion la excitó el pensamiento de trocarlos, con la esperanza de que con el tiempo la agradecería yo el buen oficio. Mi Padre, que no era mas escrupuloso que su honrada Muger, aprobó la superchería. De suerte, que habiéndonos mudado de pañales, el hijo de Don Diego de Herrera fué enviado con mi nombre á otra ama para que le criase, y á mí me crió mi Madre baxo el nombre del otro.

Digan lo que quisieren sobre el instinto y fuerza de la sangre, los Padres del Caballerito facilmente se dexaron engañar. No tuvieron la mas mínima sospecha de la pieza que los habian jugado, y hasta los siete años me tuvieron siempre en sus brazos: y siendo su intencion ha-

cer-

cer-

cerme un Caballero completo me dieron todo género de Maestros; pero los mas hábiles suelen hallar discípulos que les hacen poco honor. Yo fuí uno de estos. Tenia poca disposicion para los exercicios que me enseñaban, y mucho menos inclinacion á las Ciencias en que me querian instruir. Gustaba mas de jugar con los criados de casa yéndolos á buscar en la caballeriza y en la cocina. Pero el juego no fué mucho tiempo mi pasion dominante. Aficionéme al vino, y me emborrachaba todos los dias. Retozaba con las criadas; pero particularmente me dediqué á cortejar á una moza rolliza de cocina, cuyo desembarazo y buen color me gustaban mucho, pareciéndome que merecia mis primeras atenciones. Hacía la el amor con tan poca cautela, que hasta el mismo Don Rodrigo lo conoció. Reprehendióme ágríamente, afeándome la baxeza de mis inclinaciones, y por temor de que la presencia del objeto hiciese inútiles sus reprimendas, despidió de su casa á mi Dulcinéa.

Irritóme mucho este proceder, y resolví vengarme. Robé todas sus pedrerías á la muger de Don Rodrigo; corrí en busca de mi bella Helena, que vivia en casa de una lavandera amiga suya, saquéla de ella á la mitad del dia, para que ninguno lo supiese, y aun pasé mas adelante. Llévela á su tierra, donde nos casamos solemnemente, así por dar

TOM. I.

E

es-

este despique mas á los Herreras, como por dexar á los hijos de familia un exemplo tan bueno que imitar. Tres meses despues de mi arrebatado matrimonio supe que Don Rodrigo habia muerto. No fuí insensible á esta muerte. Partí prontamente á Sevilla para apoderarme de su herencia, pero hallé las cosas muy mudadas. Mi Madre ya no existía, y antes de su muerte tuvo la indiscrecion de declarar lo que habia hecho en presencia del Cura, y de otros varios testigos. El hijo de Don Rodrigo ocupaba ya mi lugar, ó por mejor decir el suyo, y acababa de ser reconocido por tal con tanto mayor aplauso y alegría, quanto era menor la satisfaccion que yo les causaba. De manera que no teniendo nada que esperar en Sevilla, y fastidiado ya de mi Muger, me agregué á ciertos Caballeros de fortuna, baxo cuya disciplina dí principio á mis caravanas.

Acabó su historia aquel Ladron, y comenzó otro la suya diciendo que él era hijo de un Mercader de Burgos, y que en su mocedad, llevado de una indiscreta devocion, habia tomado el hábito de cierta Religion muy austera, de la qual habia apostatado algunos años despues. En fin todos los ocho ladrones hablaron por su turno, y quando los hube á todos oído, no me admiré de vérlos juntos. Mudaron luego de conversacion, y propusieron varios proyectos para la próxima campaña,

ña, sobre los quales tomaron su resolucion, y se fueron á la cama. Encendieron todos sus velas, y cada uno se retiró á su quarto. Yo seguí al Capitan Rolando hasta el suyo, y mientras le ayudaba á desnudar, ahora bien, Gil Blas (me dixo) ya ves nuestro modo de vivir. Siempre estamos alegres. Entre nosotros no se da lugar al tédio, ni á la envidia. Jamas se oye aquí discordia ni disension: estamos mas unidos que los Frayles. Tú comienzas ahora, hijo mio, á gozar una vida muy agradable; pues no te tengo por tan tonto, que te dé pena el vivir entre ladrones. No, amigo mio; todos los hombres desean apropiarse el bien ageno. Este es un afecto universal. Toda la diferencia consiste en los medios. Los conquistadores, por exemplo, se apoderan de los estados de sus vecinos. Los Banqueros, Tesoreros, Agentes de letras de cambio, Mercaderes, Comerciantes y Quinquilleros no son escrupulosos. De los Abogados, Procuradores y Ministros de justicia no quiero hablar, porque ya se sabe lo que ellos saben hacer. Sin embargo se debe confesar que son mas humanos que nosotros; porque nosotros muchas veces por el dinero quitamos la vida á los inocentes, y ellos por el mismo, no pocas se la perdonan á los culpados.

## CAPITULO VI.

*Del intento de escaparse Gil Blas y suceso de su tentativa.*

Despues que el Capitan de Vandoleros hizo esta apologia de su honrada profesion , se metió en la cama , y yo levanté la mesa y puse todas las cosas en su lugar. Fuíme despues á la cocina , donde Domingo (así se llamaba el negro) y la tia Leonarda me esperaban cenando. Aunque no sentia hambre me puse á la mesa. No podia atravesar bocado , y viéndome tan triste , como era regular estarlo , procuraban consolarme aquellas dos análogas figuras ; pero sus consuelos contribuían mas á mi desesperacion que á mi alivio. ¿De qué te afliges , hijo? me preguntó la vieja : antes bien debieras alegrarte de verte entre nosotros : eres mozo , y pareces dócil , con que presto te perderias en el mundo , donde hallarias libertinos que te meterian en todo género de disoluciones , quando aquí está segura tu inocencia. Tiene razon la Señora Leonarda , dixo el viejo negro con una voz muy grave , y se puede añadir á lo que ha dicho , que en el mundo no se encuentran mas que trabajos. Da muchas gracias á Dios , amigo mio , porque de una vez para siempre te ha librado de los peligros , disgustos y afficciones de la vida.

Su-

Sufri con paciencia estos discursos , porque de nada me serviria el inquietarme. En fin , Domingo , despues de haber comido y bebido bien se fué á su caballeriza. Leonarda cogió una linterna , y me conduxo á un zaquizamí , que servia de cementerio á los ladrones que morian de muerte natural , donde ví un lecho , que mas parecia tumba que cama. Este es tu quarto , me dixo la vieja , pasándome la mano por la cara. El mozo , cuya plaza tienes el honor de ocupar , durmió en esa cama el tiempo que vivió con nosotros , y sus huesos reposan debaxo de ella : él se dexó morir en la flor de su edad. No seas tú tan simple que imites su exemplo. Diciendo esto , entregóme la linterna y volvióse á su cocina. Puse la lámpara en tierra , arrojéme sobre aquel miserable lecho , no tanto para reposar , quanto para entregarme á mis tristes reflexiones. ¡Oh Cielo! exclamé. ¿Habrá situacion mas infeliz que la mia ? ¿Quieren que renuncie para siempre el consuelo de ver la cara del Sol ; y como si no bastára hallarme enterrado vivo á los diez y ocho años de mi edad , me veo reducido á servir unos ladrones , y á pasar el dia entre malvados , y la noche con los muertos ! Estos pensamientos , que me parecian muy dolorosos , y con efecto lo eran , me hacian llorar amargamente y sin consuelo. Maldecia mil veces la gana que le habia venido á mi tio de enviarme á Salamanca. Arrepentíame de haber tenido tanto mie-

miedo á la Justicia de Cacabelos , y quisiera haber padecido el tormento antes de verme donde me hallaba. Pero considerando que me consumia inutilmente en vanos llantos , comencé á discurrir en los medios de librarme. ¿Pues qué? me decía yo á mí mismo. ¿Será por ventura imposible encontrar modo para escaparme de aquí? Los ladrones duermen profundamente, la cocinera y el negro harán lo mismo dentro de poco tiempo : mientras todos estén profundamente dormidos , ¿no podré yo á favor de esta linterna hallar el camino por donde baxé á este calabozo infernal? A la verdad no sé si tendré bastante fuerza para levantar la trampa que cubre la entrada; pero probaremos. No quiero omitir á nada de quanto pueda hacer. La desesperacion me prestará fuerzas , y puede ser que me salga con ello.

Tomada esta gran resolucion me levanté quando me pareció que Leonarda y Domingo podian ya estar dormidos. Cogí la linterna , salí de mi camarote , y me encomendé á todos los Santos del Cielo. No dexó de costarme algun trabajo el acertar con las vueltas y revueltas de aquel laberinto. Llegué en fin á la puerta de la caballeriza , y me hallé en el camino que buscaba. Fui marchando , y acercándome á la trampa con cierta alegria mezclada de temor : mas ¡ay! en medio del camino me encontré con una maldita reja de hierro bien cerrada , y cuyas barras estaban tan

tan juntas que apenas podia pasar la mano por entre ellas. Víme cortado y perdido con aquel nuevo impedimento , que al entrar no habia advertido por estar abierta la reja. Con todo no dexé de probar si podia abrir el candado. Exâminé la cerradura , haciendo todo lo que pude por forzarla , quando de repente me aplicaron en las espaldas cinco ó seis fuertes latigazos con un buen vergajo de buey. Dí un grito que resonó en toda la caverna ; y mirando atras ví al maldito negro en camisa con una linterna sorda en una mano , y con el instrumento de mi suplicio en la otra. ¡Ola , bribonzuelo! me dixo: ¿querias escaparte? no amigo , no esperes sorprenderme. Creiste que estaria abierta la reja; pues sábetese que siempre la encontrarás cerrada. Quando atrapamos á alguno , le guardamos aquí , mal que le pese , y si logra escaparse ha de ser mas ladino que tú.

Mientras tanto , al grito que yo habia dado despertaron tres ladrones , los quales se levantaron y vistieron á toda priesa , creyendo que la Santa Hermandad venia á echarse sobre ellos. Llamaron á los demas , que en un instante se pusieron en pie. Toman sus espadas y carabinas , y medio desnudos acuden adonde estábamos Domingo y yo. Pero luego que se informaron ó entendieron el origen del rumor que habian oído , su inquietud se convirtió en grandes carcajadas. ¿Cómo así , Gil Blas,

Blas, me dixo el ladron apóstata: no ha mas que seis horas que estás con nosotros, y ya querias apostatar? Bien se conoce tu aversion al silencio y al retiro. ¿Qué harias si fueras Cartuxo? Anda, vete á la cama, que por esta vez basta por castigo los vergajazos con que te regaló Domingo; pero si otra vez vuelves á intentar escaparte, por San Bartolomé que te hemos de desollar vivo. Diciendo esto se retiró. Los demas ladrones se volvieron á sus quartos; el viejo negro muy glorioso de su expedicion se recogió á su caballeriza, y yo me volví á zambullir en mi cementerio, pasando lo restante de la noche en suspirar y llorar.

## CAPITULO VII.

*De lo que hizo Gil Blas, no pudiendo hacer otra cosa.*

Los primeros dias pensé morirme, rindiendo la vida á la melancolía que me devoraba; pero al fin mi genio me inspiró que sufriese y disimulase. Esforcéme á parecer menos triste. Comencé á cantar y á reir, aunque sin gana. En una palabra: supe disfrazarme tan bien, que Leonarda y Domingo cayeron en la red, y creyeron buenamente que ya el páxaro se habia acostumbrado á la jaula. Lo mismo juzgaron los ladrones. Mostrábame muy alegre quando les daba de beber, y de quando

en

en quando los divertia tambien con alguna chocarrería ó bufonada. Esta libertad que me tomaba, les daba mucho gusto en vez de enfadarlos. Gil Blas, me dixo el Capitan en cierta ocasion en que yo hacia del gracioso, has hecho bien en echar á pasear la melancolía. Me gusta mucho tu espíritu y tu buen humor. No se conoce á la gente al principio; yo no te tenia por tan agudo y tan jovial.

Tambien los demas me honraron con mil alabanzas, exhortándome á estar siempre de buen humor. Parecióme que todos estaban muy contentos conmigo, y aprovechándome de tan buena ocasion, Señores (les dixé) permítanme ustedes que les descubra mi corazon. Desde que estoy en su compañía no me conozco á mí mismo; pareceme que no soy el que era. Ustedes han desvanecido los prejuicios ó preocupaciones de mi educacion. Insensiblemente se me ha pegado vuestro espíritu, y he tomado el gusto á su honrada profesion. Me muero por merecer el honor de ser uno de sus compañeros, y de tener parte en los peligros de sus gloriosas expediciones. Todos aplaudieron este discurso, y alabaron mi buena voluntad; pero unánimemente convinieron en que me dexarian servir por algun tiempo, para probar mi vocacion, y que despues correria mis caravanas, y al cabo se me conferiria la honorífica plaza á que aspiraba.

TOM. I.

x

Hu-

34420

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO